

A FAVOR DE UNA RAZON TAN MARXISTA  
COMO NEWTONIANA.  
ENTREVISTA A MIGUEL ANGEL QUINTANILLA\*

Víctor Alarcón Olgún y César Cansino Ortiz

**P:** Profesor Quintanilla, usted es ampliamente conocido por ser uno de los sistematizadores y divulgadores del análisis del problema de la razón y la racionalidad. ¿Cómo observa que están ubicados estos temas dentro de la reflexión filosófica actual?

**M.A.Q:** En lo personal me he inclinado por el análisis de la racionalidad práctica, de la racionalidad referida a la acción. Creo que hay y ha habido durante largo tiempo una cierta confusión entre la teoría de la racionalidad práctica y la teoría digamos moral o ética. En mi último libro\*\* he intentado un modelo de racionalidad de la acción que fuera más exacto, digamos más fino, que los modelos estereotipados como el de la racionalidad instrumental, etcétera, pero que al mismo tiempo fuera efectivamente compatible, por ejemplo, con un proceso de racionalidad tecnológica. Empero, creo que mi tesis ha sido bastante mal entendida por autores como Javier Muguerza; y cabe señalar que más que una tesis, era una hipótesis, una propuesta de trabajo. La idea básica que yo sostenía era que cualquier teoría de la racionalidad práctica que llevara como consecuencia a una descalificación de los paradigmas, por ejemplo del ejercicio de la acción racional, como pueden ser los productos tecnológicos, me parecía una teoría poco consistente. Lo que ocurre es que, simultáneamente, el análisis de la racionalidad tecnológica exige más profundidad que la usual (incluyendo a la propia Escuela de Frankfurt). Esa era mi propuesta.

\* El Dr. Miguel Angel Quintanilla es Director de la Revista *ARBOR*: miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) con sede en Madrid, España. Asimismo, participa en el Consejo de Redacción de la Revista *Crítica*, publicada por la Facultad de Filosofía y letras de la UNAM.

\*\* Se refiere al libro: *A favor de la razón*. Madrid, Taurus, 1981.

Considero que actualmente y desde hace algunos años, se ha avanzado bastante en esta dirección, pues, por ejemplo, el análisis del desarrollo de la teoría de la decisión racional ha permitido aclarar algunos aspectos de la racionalidad de la acción, y sobre todo ha revelado un problema: cuando se habla de la racionalidad de la acción, los problemas son mucho más complejos de lo que una versión excesivamente simplificada podría suponer; y ésto aplicado a racionalidad de la tecnología, es mucho más evidente. En este campo, que es un campo abierto, un campo en constante maduración, y en donde aún no hay conclusiones definitivas, sigue siendo interesante enfocar los problemas de la acción desde un punto de vista racional.

P: Usted ha marcado un énfasis respecto de la tergiversación que se había hecho de sus planteamientos. En este caso ¿cómo ubicaría, dentro de este contexto propositivo, los usos y los abusos de la racionalidad como alternativa de análisis metodológico-epistemológico?

M.A.Q: Yo pienso lo siguiente. Primer punto: es un objetivo interesante para un filósofo, y posiblemente también para un político, intentar disponer de una teoría de la racionalidad de la acción que sea además una especie de vía normativa a la hora de tomar decisiones, tanto en el campo tecnológico, como en el económico o en el estrictamente político. Segundo punto: una teoría de la racionalidad de la acción debe ser compatible con las formas de acción que dan lugar al progreso tecnológico occidental. Tercer punto: esto último no tiene porque interpretarse en el sentido de que la tecnocracia sea una buena filosofía de la acción política. Ahí es donde está la tergiversación: muchas veces se justifican como racionales, decisiones que son injustas, y a veces, el no disponer de una teoría suficientemente elaborada de la racionalidad de la acción, permite considerar como racionales, acciones que si dispusiéramos de una buena teoría a lo mejor podrían considerarse no sólo como injustas, sino además como irracionales. Por ejemplo, la mayor parte de las justificaciones que se hacen de decisiones políticas, en términos de racionalidad tecnocrática o tecnológica, son en realidad, justificaciones, digamos, malsanas: y porque la llamada política tecnocrática es, en realidad, una política muy poco eficiente desde el punto de vista, incluso, técnico.

Lo que más me motiva a insistir en estos temas es lo siguiente. Yo creo que en política, y en ética por lo tanto, hay que actuar racionalmente, pero creo también que los patrones de racionalidad que se utilizan en filosofía para juzgar si una acción es racional o no, son muy limitados y cumplen tan sólo una función ideológica, de justificación. No estoy dispuesto, en el campo de la teoría política, a ceder el terreno del discurso racional a quienes utilizan normalmente ese discurso. Yo creo, por ejemplo, que una posición hipercrítica, en una situación actual, es a nivel político tanto más valiosa si al mismo tiempo es hiperracional. Por eso soy defensor a ultranza del hiperracionalismo, del racionalismo práctico, pero no estoy dispuesto a que se realice la operación de identificación del hiperracionalismo práctico con la tecnocracia. Considero que muchos de los problemas que se plantean en la acción social y que se consideran de consecuencias injustas o moralmente descalificables, además de eso, previamente

son técnicamente ineficientes. Así por ejemplo, los modelos de desarrollo económico que se han pretendido implantar en los países menos desarrollados durante los años sesenta o setenta, no solamente tuvieron consecuencias injustas para esos países (incremento de la desigualdad y de la dependencia, por ejemplo), sino que además se podría quizá demostrar que técnicamente estaban mal planteados, porque, por ejemplo, suponían un gran despilfarro de recursos y un gran desconocimiento de la realidad. En suma, además de la crítica política que se puede hacer en relación a la dependencia de unos países con respecto a otros, y a la injusticia de esa relación, existe una cuestión previa: una crítica técnica; es decir, además de ser injustos y de ser explotadores de los recursos de un país, algunos modelos de desarrollo que se impusieron en los países del Tercer Mundo, eran técnicamente muy poco justificables.

P: En este dominio de la racionalidad, nos gustaría saber su opinión acerca del papel y de las posibilidades de la filosofía contemporánea.

M.A.Q: Ah, eso es muy interesante. Considero que una de las grandes tareas que tenemos los filósofos racionalistas es precisamente demostrar que la razón es compatible con la justicia. Y que la racionalidad —incluso en su sentido “duro”— no es inventarnos conceptos *ad hoc* de racionalidades, para poder decir que la racionalidad del sistema no es suficiente y que necesita un criterio de racionalidad más amplio y más profundo y, como tal, más humanístico, etc. En mi opinión no es posible desarrollar un concepto tal de racionalidad que sea compatible con las normas, con los criterios de racionalidad tradicionales de la cultura occidental, desde la invención de la ciencia moderna hasta todos los avances del desarrollo tecnológico que conocemos. Empero, es importante elaborar un criterio que ponga de manifiesto que promover la racionalidad puede ser compatible con la justicia e, incluso, puede ser la mejor forma de promoverla. Una de las grandes tareas de los filósofos racionalistas es precisamente demostrar esto: demostrar que es posible ser racionales y además responder a los ideales morales de la cultura ilustrada occidental, cuyo heredero contemporáneo es la tradición socialista.

P: Entonces, en algún sentido, la filosofía jugaría un papel ético, en tanto que recupera los proyectos y las grandes preocupaciones de los hombres. Sin embargo, en relación con esto ¿cuáles serían las dificultades de la filosofía? Sabemos, por ejemplo, que la especialización existente en el campo de las disciplinas científicas, no le es exclusiva, sino que la filosofía misma ha sufrido una parcelización tremenda; es decir, ahora habla de metafísica, de ética, de estética, etcétera, y de alguna manera esta especialización ha irrumpido en las dificultades para tener una visión totalizadora del mundo. ¿No es esto quizá un verdadero obstáculo de la filosofía para recuperar un proyecto ético del hombre y los valores?

M. A. Q: En primer lugar, considero que la filosofía en una actividad intelectual y por lo tanto, al menos en principio, no tiene valor moral en sí misma, aunque los motivos y los valores que a uno le guían a hacer filosofía o al hacerla de determinada manera, efectivamente pueden ser motivos morales, y de igual manera la valoración que hacemos de una teoría filosófica puede tener también un contenido moral. Así por ejemplo,

la valoración del racionalismo filosófico, tal como yo lo entiendo, es también susceptible de una valuación moral. En este sentido, cuando defiendo una posición filosófica, la defiendo no por motivos morales, sino por motivos de coherencia intrínseca, de riqueza conceptual, de capacidad explicativa y comprensiva, etc. Los filósofos tenemos que hacer un esfuerzo por ejercer bien esa capacidad de análisis y de clarificación conceptual, que es nuestra tarea primordial, y de ejercer la bien en todos los campos: el filósofo del lenguaje en el campo del lenguaje; el filósofo de la moral en el campo de las normas que rigen nuestra conducta; el filósofo de la política en el campo de la comprensión del sentido de las acciones y de las decisiones vinculadas al ejercicio del poder, etc. Y desde ese punto de vista, la filosofía o los filósofos, en cualquiera de sus especialidades, tienen un gran campo de interés. Yo no creo que sea estrictamente necesario tener una visión global, completa y definitiva, para poder hacer una buena labor en filosofía; ni siquiera desde el punto de vista moral. Hay que ser coherentes, consecuentes, y saber también reconocer los límites. La primera acción del racionalista es saber que la razón es falible, e incluso al nivel de la razón práctica. Todo filósofo tiene también que acostumbrarse a trabajar con aspectos parciales de la cultura y de la realidad, y no angustiarse demasiado por la necesidad de tener una visión global y definitiva acerca del mundo para poder empezar a entender lo que ocurre en sus parcelas. Así por ejemplo, en la filosofía moral y política se puede avanzar muchísimo en la clarificación conceptual de los problemas implícitos en la toma de decisiones relacionadas con el ejercicio del poder, sin necesidad de tener una teoría definitiva sobre el materialismo o sobre la estética, etc. Obviamente, todo filósofo tiende a tener una visión global sobre todos los temas, pero se puede progresar más en unos que en otros. Yo, de todas maneras, recomiendo a los filósofos que intenten progresar al menos en un tema.

P: Varios analistas han hablado de una pugna tradicional entre el marxismo y la técnica, entre el marxismo y el racionalismo. ¿Cuáles son sus perspectivas al respecto?, ¿qué aplicabilidad tiene para la política?

M. A. Q: El marxismo tiene dos componentes: un componente cientificista-racionalista y un componente hegeliano y, en cierto modo, romántico y místico. En lo personal, me he interesado más por el componente científico-racional. Ocurre que el marxismo no solamente es una teoría filosófica: es también un acontecimiento histórico de repercusiones culturales y políticas de todo tipo, y la evolución histórica del marxismo, en relación también con la evolución de los avatares políticos del socialismo, ha condicionado a veces el que la filosofía marxista se transforme en una especie de recetario o de elenco de dogmas inamovibles, cuestión que constituye, como es obvio, la mayor descalificación que se puede hacer de una filosofía racional. Empero, la base teórica fundamental del marxismo es, a mi juicio, una filosofía racionalista. El marxismo es una filosofía compatible con la ciencia y con la técnica de su tiempo; es además una filosofía preocupada por el desarrollo científico y tecnológico, aunque sus deformaciones dogmáticas ulteriores le han impedido aflorar en este sentido.

Yo soy tan marxista como newtoniano. No conozco a nadie que hoy en día no esté de acuerdo con las teorías de Newton, aún sabiéndolas superadas por las teorías de la relatividad, pues conservan un ámbito de validez en la física de nuestro tiempo, que todo mundo reconoce. Si Newton es un clásico de la física, Marx es un clásico de la filosofía social y política. En algún sentido, todo mundo es marxista igual que es newtoniano. Pero igual que el ser newtoniano no te impide reconocer los progresos de la física, el ser marxista no te puede impedir reconocer los progresos de la filosofía, por ejemplo, de la filosofía analítica, o de la sociología, o de la economía. Entonces, lo mejor es no decir que se es marxista o no se es marxista, sino simplemente asumir la herencia histórica y cultural-filosófica del marxismo. No conozco a nadie que esté dispuesto a negar que no asume parte de esa herencia. En cambio, conozco a muchas personas que afirman que ya no son marxistas, tratando de significar su no identificación con las deformaciones dogmáticas del marxismo. En este último sentido, yo también no soy marxista.

P: Para concluir, una pregunta quizá imprudente de nuestra parte, en tanto que es de carácter personal, pero sí aleccionadora para nosotros, en tanto que su obra no ha sido divulgada en nuestro país como creemos merece. ¿Cómo se dió y sobre todo, cómo ha permanecido la vinculación de MAQ con la filosofía y la ética? Es decir, nos gustaría que definiera, de ser posible, el saldo vital y vivencial que le ha proporcionado el ejercicio de la filosofía.

M.A.Q: ¡Caray! Me parece que uno en la vida debe hacer lo que le gusta hacer. . . si puede; y yo he tenido la suerte de hacer lo que me gusta hacer, que es pensar acerca de problemas conceptuales de carácter filosófico. Además, es una motivación constante para mí ocuparme de aquellos problemas conceptuales de carácter filosófico que, a su vez, tuvieran repercusiones desde el punto de vista práctico y político. Incluso, hoy en día estoy inmerso en la política activa: soy senador del Partido Socialista Español, casi casi por motivos filosóficos. Es decir, se trataba un poco de intentar ver en la práctica cómo eran las relaciones de poder que tantos problemas filosóficos plantean. Desde ese punto de vista, a mí la filosofía me ha proporcionado, digamos, el sentido de toda mi actividad, no solamente a nivel profesional, sino también a nivel político y público pues como siempre suelo decir, la política es filosofía aplicada.

Toluca, México. IV Congreso Nacional de Filosofía,  
25 de Noviembre de 1987.